

equilibrio justo entre los dos bienes jurídicos en juego: los espacios naturales y la energía. Pero no sólo eso, el legislador parece que únicamente se ha preocupado de minimizar el impacto de las energías renovables en la Red Natura 2000, existiendo una falta de protección de los valores ambientales en el resto de las figuras de los espacios naturales.

En definitiva, las reflexiones jurídicas recogidas en esta obra permiten ofrecer una visión del estado de la cuestión de los servicios liberalizados prestados en red; sin duda, un tema de gran importancia a la vez que problemático. Estos sectores son analizados en profundidad, prestando especial atención a los temas cuya regulación ha estado marcada por el contexto de crisis económica, la cual ha marcado las directrices y las señas de identidad de este ámbito jurídico. Como consecuencia, esta obra constituye un referente en la actualidad jurídica de la materia, de lectura imprescindible tanto para profesionales interesados en el sector, como para estudiosos del Derecho administrativo.

Irene Ruiz Olmo
 Contratada FPI
 Universidad de Sevilla

Reseña del libro “Política y Medio Ambiente”, de Ángel Valencia Sáiz, con prólogo de Andrew Dobson. Editorial Porrúa, México, 2014, 134 páginas.

La relación entre la política y el medio ambiente ha centrado la atención de numerosos investigadores académicos, que han estudiado las diferentes interrelaciones entre ambas. En este oportuno libro, Ángel Valencia, Catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Málaga, ofrece una interesante visión sobre un tema de máxima actualidad y que suscita un creciente interés entre politólogos y ciudadanos.

El punto de partida del profesor Valencia se establece en una contradicción aparente: “la política contemporánea está profundamente influida por el medio ambiente, pero la política verde avanza muy lentamente hacia una sociedad sostenible” (pág. 3). En efecto, si bien una de las respuestas a la Gran Recesión de 2008-2009, tal y como señala acertadamente Andrew Dobson en el prólogo, fue la formulación de un “New Deal verde”, con la finalidad de estimular el crecimiento económico y aprovechar las sinergias de una potente inversión pública y privada en tecnologías capaces de mejorar nuestro balance ambiental, la realidad, pocos años después, es que

casi nada se ha hecho, y que además la agenda verde pierde relevancia tanto en la política internacional como en los debates nacionales o locales, con meritorias y singulares excepciones.

Para el autor del libro, “crisis ecológica y sostenibilidad constituyen el haz y el envés de la relación entre política y medio ambiente” (pág. 16), y en este sentido se agradece su contribución a la delimitación más exacta de una serie de conceptos usados de manera indistinta (desarrollo sostenible y sostenibilidad, por ejemplo) pero con diferentes contenidos y significados. Y también es reseñable la aportación que hace, siguiendo los postulados de Andrew Dobson, a las tensiones que surgen entre los objetivos de la sostenibilidad y la justicia social. En este sentido llama la atención la referencia a Carlos Mougan¹ y su virtuosa visión de la austeridad, un concepto denostado por la izquierda que debería ser verde a lo largo y ancho de Europa, y que en estos momentos poco puede aportar a la solución del dilema planteado, dada su impopularidad.

Y es que la dicotomía entre la justicia social y las medidas encaminadas a conseguir una formulación política del desarrollo sostenible constituye una de las piedras angulares del dilema planteado por Ángel Valencia. Por una parte, se da “la paradoja de la política medioambiental”, que “reside en la necesidad de elaborar soluciones a nivel supranacional que dependen de la voluntad de los Estados para conseguir su articulación política” (pág. 21). Por otra parte, la necesidad de construir una “ciudadanía ecológica” también es un requisito previo para el fortalecimiento de las opciones políticas verdes y su influencia necesaria en la construcción de una agenda política transformadora. Vayamos por partes.

La situación actual obliga a plantear el *dilema de la democracia* (Paehlke²), que consiste en alcanzar un “equilibrio entre la globalización y los imperativos ecológicos de nuestro tiempo” (pág. 61). La reciente celebración de la Cumbre del Clima en París, a finales de 2015, ha vuelto a poner de manifiesto las contradicciones entre los países occidentales (y ahora también China), decididos a combatir un cambio climático ya indiscutible, y los medios efectivamente asignados a tal efecto. Un debate estéril que tendrá como primeras víctimas de la parálisis a los países más vulnerables y

¹ Mougan, J. C. (2003): “Hacia una teoría de la educación para una ciudadanía democrática”.

² Paehlke, R. C. (2003): *Democracy's Dilemma. Environmental, Social Equity, and the Global Economy*. The MIT Press, Cambridge. Contrastes, suplemento 8, págs.. 163-189.

a sus habitantes, incapaces de prevenir las devastadoras consecuencias de un descontrolado cambio climático cuyo control es un problema de gobernanza global.

En este sentido, es relevante que los países que ahora están en pleno desarrollo económico y que hasta la fecha no han contribuido al proceso de calentamiento global, al menos por emisiones industriales, planteen dudas y reticencias cuando los países occidentales ya desarrollados llevan años de adelanto destructivo. En demasiadas ocasiones los protocolos medioambientales son más una barrera de entrada a la libre competencia, un obstáculo al comercio internacional que un conjunto de medidas razonables para frenar un fenómeno de colosales consecuencias para el conjunto del planeta.

Por otra parte, la crisis económica y financiera de 2008-2009, conocida como la Gran Recesión, ha modificado las prioridades políticas de una ciudadanía golpeada por las consecuencias de las políticas económicas de austeridad ultranza con las que se ha tratado de reequilibrar la situación financiera. En efecto, la conciencia verde no sólo ha caído en muchos países de la OCDE, sino que lo más preocupante ha sido el ascenso de nuevas posiciones políticas que se mueven en otro eje –la identidad nacional, el extremismo político, el rechazo a Europa- que ha expulsado del debate público casi todo lo concerniente al medio ambiente y a su formulación política.

Diversos capítulos del libro analizan con detalle el auge de la preocupación medioambiental, desde el célebre “Informe Brundtland” hasta la Agenda 21 de desarrollo sostenible local. Cumbres como la celebrada en Río de Janeiro en 1992 establecieron los principios que han regido la política medioambiental hasta la actualidad (precaución, responsabilidad compartida, quien contamina paga). Algunos de ellos incluso se han utilizado para el diseño de instrumentos fiscales de protección al medio ambiente, dentro de una estrategia global de interés por estos temas, con sólido apoyo ciudadano. El paro masivo, la emergencia migratoria, la crisis económica infinita y la ausencia de un liderazgo claro en la Unión Europea están minando las demandas ciudadanas a favor de un impulso similar al que se vivió en muchos países entre los años 90 y la actualidad.

Para el autor, se hace necesario un modelo político que aúne las ventajas del ecologismo y las virtudes de la intervención pública en la actividad política y económica, una “izquierda verde” que conquiste un espacio político en torno al eje de la sostenibilidad con justicia social. Sin embargo, cabe preguntarse entonces qué ha pasado con la representación política verde, y también si el mensaje de convivencia con la naturaleza, restrictivo y conservacionista, puede volver a tener éxito en sociedades

que, si algún día fueron postmaterialistas (y por tanto sensibles a los asuntos medioambientales), quizás hoy ya no lo sean tanto, después de la crisis y los recortes y la preeminencia de la política monetaria y la estabilidad financiera, convertida en dogma constitucional.

Respecto a los partidos políticos verdes, su principal éxito se ha dado en países concretos (sobre todo Alemania, donde el éxito de Los Verdes se convirtió en el espejo de los movimientos ecologistas de toda la OCDE) y también en las elecciones europeas, en las que este tipo de formaciones políticas ha conseguido representación de manera reiterada. Como recuerda Neil Carter (2007, página 107), el lema “piensa global, actúa local” puede explicar parte de ese éxito en comicios de carácter cercano, con problemas ambientales bien identificados y con soluciones realizables. Sin embargo, las recientes elecciones europeas han casi borrado del mapa a los partidos ecologistas para dar paso a una marea de antieuropeos, nacionalistas, ultraconservadores y populismos varios de izquierda y derecha. Un asunto preocupante para la recuperación de una agenda política enfocada a la sostenibilidad del planeta.

La explicación, no obstante, no puede ser sólo exógena. Un análisis detallado de los programas políticos de los partidos verdes³ revela el abandono de posiciones bien definidas en torno al ecologismo y la defensa de propuestas exclusivamente ambientales (energía, reciclaje, agricultura, uso de los recursos) para ofrecer soluciones amplias más propias de “partidos catch-all”, un espacio ya ocupado por otras formaciones políticas más experimentadas en la transversalidad. Así, en Canadá el programa incluía propuestas en política internacional, economía, o incluso Haití. En Gran Bretaña el programa electoral de Los Verdes (muy castigados por un sistema electoral mayoritario) poco se diferenciaba del que defendía el Partido Laborista, y casi lo mismo ha pasado en otros países similares. El tránsito de “partido nicho” a una esfera de competición más amplia no ha sentado bien a estas formaciones, desbordadas por la actualidad pero también rehenes de sus propias decisiones estratégicas.

Diríase, pues, que los clásicos partidos verdes están ahora atrapados en un terreno de juego que no es su medio natural. Por una parte, las formaciones tradicionales han apprehendido diversos postulados ecologistas básicos para incorporarlos a sus discursos y propuestas electorales -lo que Neil Carter (2013) define como “Greening Mainstream”. Por otra, han surgido nuevos partidos “de causa” que han con-

³ Canadá, elecciones generales 2015. Gran Bretaña, elecciones generales 2015. Alemania, elecciones europeas 2015.

seguido introducir sus preocupaciones en la agenda social y pública (como por ejemplo los que han hecho de la defensa de los derechos de los animales su mensaje único), con éxito electoral aún modesto pero indiscutible.

Igualmente surge otro debate que tiene que ver con la conciencia social ecológica, con la solidez de esa “ciudadanía verde” necesaria para la transformación. La nueva promesa tecnológica puede ser la puntilla de una militancia sobrepasada por un escenario de mayor aprovechamiento de recursos ociosos (como ofrece la llamada “economía colaborativa”) y también por un nuevo fenómeno (el *ecopragsmatismo* o *ecomodernismo*⁴) que reformula la relación entre tecnología y medio ambiente, y por lo tanto entre política y medio ambiente: la confianza en algunas tendencias globales, como la urbanización de la población, el descenso de la natalidad, las nuevas energías o la reforestación derivada de un mayor aprovechamiento agrícola, permitirían una actuación a largo plazo capaz de tornar la curva siempre creciente de impacto del hombre sobre la naturaleza.

Una idea atractiva, sí, pero que hay que tomar con cautela. Como escribe David Runciman (2016, p. 11), “la perspectiva de que hubiera pronto una solución tecnológica –alguna manera de encontrar una salida a través de la ingeniería– sugiere la posibilidad de evitar la política por completo. Uno de los riesgos que plantea el cambio climático es que resulta tentador pensar que no necesitamos la política en absoluto. Ni siquiera Hayek aceptó eso nunca”.

Sea cual sea el futuro al que nos enfrentamos, el libro de Ángel Valencia es un material muy valioso para comprender con útil profundidad cómo hemos llegado hasta aquí. Es oportuna y relevante la mención a John Gray, que plantea las dudas sobre un acuerdo global en un escenario internacional dominado por el conflicto. Y así está la situación. Como propone finalmente el autor, “la labor del futuro es buscar nuevos espacios teóricos y políticos que aborden los problemas ecológicos dentro de una sociedad global pero sostenible”. Una tarea hercúlea, necesaria y apasionante.

⁴ Un manifiesto ecomodernista. Accesible en www.ecomodernism.org

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Carter, Neil (2007): *The Politics of the Environment. Ideas, Activism, Policy.* Cambridge University Press.

Carter, Neil (2013): *Greening the Mainstream: Party Politics and the Environment.* *Environmental Politics*, volume 22, issue 1, 2013, páginas 73-94.

Runciman, David (2016): *Una marea de estiércol.* *Letras Libres*, número 172, enero 2016, páginas 5-11.

Enrique Benítez de Palma
Economista
Consejero de la Cámara
de Cuentas de Andalucía